

La Fundación Quevedo

El reciente descubrimiento y publicación de los archivos de la Fundación Quevedo han dejado estupefacta a la comunidad intelectual de España y Méjico. La noticia aún no ha recorrido todo el mundo y, en el caos de la novedad, varias revistas han publicado notas poco precisas sobre estos importantes documentos. No sólo mis convicciones, sino también la intermisión de uno de los figurines de mi familia en este drama me obligan a relatar de una manera concisa los detalles de este hallazgo.

En una vieja recopilación de poemas de Francisco de Quevedo se encontró un poema desaliñado incluido en un libro que se publicó durante la vida del poeta¹. Quevedo solía pedir a la Inquisición la destrucción de las ediciones apócrifas de sus libros, pero su indolencia hacia este tiraje es casi inexplicable: el lector se encontraba ante el peor poema del Siglo de Oro, escrito por el mejor poeta del mismo. Aquí lo transcribo:

Callar podrá mi roja faldriquera,
—aljófar, si llegare un blanco día—,
la poda y desazón de mi querida
ora a su afán no casto lisonjera;

mas no de estotra parte, en la mollera, 5
dejaré la fiebre y la porfía,
nadar sabe mi boj en selva impía
y perder el respeto a ley severa.

Gramas, que en uno a un dos has convertido, 10
venas, que de una canal han concertado
tálamo, habiendo, impuro ardido,

los cuerpos pacerán sin su cuidado,
con estribo a lo más perdido
y sólo uno quedará preñado.

El insólito poema, pues, fue leído en toda España y más allá. Los pocos críticos que han podido revisar el texto en cuestión no descartan la posibilísima teoría de un autor apócrifo. Sin embargo, es posible que Quevedo sea, efectivamente el autor original,

propio de Francisco de Quevedo y quienes lean este ensayo me creerán un tunante estúpido. *La verdad no está hecha para ser creída*.

En 1926 se disolvió la Fundación Quevedo. En 1927 murió sin fama ni dinero don Aquiles Refugio. Sus cenizas fueron arrojadas a un viñado. Este es su poema:

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera, 5
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado, 10
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado,
serán ceniza, mas tendrá sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado.

Aquiles Refugio, París, 1919

Notas

¹ Se trata de era una edición espuria de *Los Sueños y otros poemas* que apareció en Zaragoza, Valencia y Lisboa cerca en 1626.

² Carlos Pacheco Ortiz murió poco después. Para probar la fama literaria que el general Pacheco alcanzó después de la corrección del poema, basta decir que el famoso polígrafo e intelectual mejicano (y miembro de la Fundación Quevedo) Alfonso Reyes publicó en *La Revista Moderna* un poema "A la muerte del general don Carlos Pacheco".

Carlos Pacheco

Crítica

Este cuento parece inscribirse, consciente o inconscientemente, y me inclino más por la primera de estas opciones, dentro de una tradición narrativa creada por Jorge Luis Borges y llevada por este mismo autor a su plenitud expresiva: el cuento como historia de una idea, de un proyecto intelectual o de un texto apócrifo. En "La Fundación Quevedo" el narrador-protagonista pretende revelarnos la verdadera historia que se esconde detrás de un soneto, atribuido "apócrifamente" a

Quevedo, y que sería el resultado de varios siglos de ocultamiento y manipulación literaria. Los principales artífices de esta manipulación serían los miembros de “La Fundación Quevedo”, en cuya membresía el narrador-protagonista entremezcla, muy a la manera de Borges, a personajes reales, como Carlos de Sigüenza o Alfonso Reyes, con otros probablemente ficticios, como el tal don Aquiles Refugio. El argumento de la historia es sumamente delgado, casi inexistente, como es típico en este género de narraciones que, más contemporáneamente, han seguido cultivando escritores como Augusto Monterroso o Umberto Eco. Un tono ensayístico predomina a lo largo del relato; más es un falso ensayismo, que apenas consigue velarnos su clara intención irónica y/o paródica. La parte más interesante de la historia descansa en esa breve colección de apócrifos que el narrador logra urdir muy hábilmente ante los ojos del lector, parodiando tanto estilística como lingüísticamente la estética del barroco. El disfrute de este juego de máscaras literarias es lo mejor que podría ofrecer la lectura de este cuento, a aquellos lectores que sepan divertirse con ellas, del mismo modo que Carlos Pacheco se divirtió, evidentemente, mientras las invencionaba. Para el lector que no sabe disfrutar con estos *jeux d’esprit*, con estos malabares urdidos por una imaginación intelectualizante y refinada, la lectura del cuento “La Fundación Quevedo” de Carlos Pacheco podría ser una buena ocasión para el bostezo.

Oswaldo Cleger